



La clave para el secreto de la vida religiosa de María¹

Fray E. Schillebeeckx, O.P.

No tenemos que buscar mucho para encontrar la clave de la santidad de María, ya que ella misma, en su respuesta a Gabriel, proclamó el secreto de su vida: ella es la **esclava** del Señor. Esta palabra está cargada de espiritualidad veterotestamentaria. La **doulía** o «servicio» de Dios el ser siervo o sierva de Dios figura en el Antiguo Testamento como la síntesis de una vida dedicada a Dios, aunque debemos observar cuidadosamente el matiz especial con que se usan estas palabras. Yahvé es el Monarca Soberano que ha creado todas las cosas y que dirige a su creación conforme a su beneplácito, los «siervos de Yahvé» eran los piadosos israelitas que aceptaban la majestad soberana de Dios, y que se colocaban completamente a disposición de Dios. La declaración de María de que ella es la esclava del Señor, se sitúa estrictamente dentro de esta tradición. Afirma que María depende por completo de la voluntad divina. Y que está dispuesta a ponerse totalmente a disposición de Dios. El maravilloso misterio de María consiste en lo siguiente: en que, firmemente convencida de que ella era «propiedad» de Dios, se había abierto por completo al misterio de Dios. María, al confesar que ella era la «esclava de Yahvé», descubría la hondura de su alma religiosa. La mejor manera de apreciar toda la hondura de esta realidad es comparando el concepto de «esclava del Señor» con la sustancia del Magníficat: cántico en el que María aparece como uno de los **anawim** o **ebyônim**: como uno de los «pobres de Israel». Los **anawim** (los pobres de Yahvé, los siervos de Dios, los que temen a Dios) son los que, en su humillación, colocan toda su confianza en Dios. Más tarde, son identificados con el «resto [o remanente] de Israel», con los que habían de heredar el reino de Dios. (Debemos hacer notar que, por regla general, no se estimaba mucho en este mundo a esos **anawim**: éste es el origen del concepto veterotestamentario de «pobreza», concepto que, con el correr del tiempo, fue adquiriendo cada vez más una connotación religiosa.) Israel mismo se convirtió, finalmente, en el «pobre del Señor».

[...] Volviendo ahora a la actitud de María, diremos que su reacción ante la Anunciación y todo el himno del Magníficat están empapados del espíritu de la **anawah**: «El ha puesto sus ojos en la **pobreza y bajeza (anawah)** de su **esclava**» (Lucas 1,48). «Derribó a los potentados de sus tronos y **exaltó a los pobres** y bajos» (v. 52). «A los **hambrientos** colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada» (v. 53). «Acogió a Israel, su **siervo**» (v. 54). «... su **misericordia...** es sobre los que le temen» (v. 50). Toda la religiosidad de Israel, basada en esta noción de la **anawah** y expresada como pura confianza en Dios auxiliador y redentor, confluye en esta actitud espiritual de María. María es Israel personificado. María es el «pobre de Yahvé», exaltado por él.

«He aquí la esclava del Señor»: estas palabras expresan un vivo acto de fe con el que se acepta el decreto de Dios. Cristo es el «Siervo de Yahvé». En comunión con él, María es la «esclava del Señor». En esto revela ella su completa humildad ante Dios, su cualidad de pura receptividad y su deseo de concebir a su Hijo.

Además de la idea de pobreza, en la respuesta de María a Gabriel se contiene otro matiz de significación. La frase «sierva del Señor» tiene a veces, en el Antiguo Testamento, un matiz especial. Los patriarcas, los profetas y los grandes dirigentes religiosos del Pueblo escogido Abraham, Moisés, Josué, David, etc. reciben el título de «siervos del Señor». Son hombres de Dios, con una misión religiosa particular que Dios les ha asignado. La totalidad de sus vidas está consagrada al servicio de Dios. Las palabras de María significan que ella acepta, con el mismo espíritu, pero con mucho mayor grado de receptividad, la misión que le viene de Dios: la misión de convertirse en la madre del Mesías rey. Aunque María, en su humildad, no es consciente de sus implicaciones, estas palabras constituyen una declaración de que ella es ya la reina de los patriarcas y profetas.

En primer lugar, María se llamó a sí misma la «esclava del Señor». Y después respondió, contestando a la oferta de Dios: «¡Hágase en mí según tu palabra!» Ella no respondió ¡fijémonos bien!: «Sí, lo quiero. Acepto». Ella era claramente consciente de que lo que iba a suceder no sucedería por medios humanos, sino que sería pura obra de la gracia. Y se dio cuenta de que la tarea implicada en esta obra (su subsiguiente maternidad del Hijo que ella iba a concebir) era un encargo divino. Una respuesta tal como «Sí, acepto», le parecería a ella demasiado ambiciosa. Indudablemente, para ser más exactos, a María no se le ocurrió siquiera responder de tal manera. Con sencillez mística, se limitó a decir: «¡Hágase así!», o «¡Cúmplase en mí!» En esto mostró María su absoluta receptividad, su actitud completamente abierta y libre: «Aquel que es poderoso ha hecho grandes cosas en mí».

Ahora ya sabemos, por nuestro examen del relato evangélico, cuál es la mejor manera de comprender el secreto de la vida religiosa de María. Sabemos, además, cómo formuló María este secreto. Finalmente, podemos descubrir, por la Escritura, cómo Cristo (que vivió durante muchos años en la más estrecha intimidad con María) nos ha revelado la esencia de la santidad de ella: aunque aquí es necesario leer entre líneas. Cuando Cristo, en el Sermón de la Montaña, llamó repetidas veces feliz (en ocho bienaventuranzas) al **anaw**, al pobre: no tenía en su mente un ideal cristiano abstracto. Cristo había experimentado ya la realización concreta de este ideal, en la casa de Nazaret, en las personas de María y de José. Las «ocho» bienaventuranzas, inspiradas por el Espíritu Santo, no son ideales cristianos inasequibles. Constituyen la canonización, por parte de Cristo, de su madre María, y de todos los que viven conforme al ejemplo de ella.

«Bienaventurados los que padecen persecución» (Mateo 5,10) y que tienen que huir de sus hogares, exactamente igual que María, por causa de la Justicia que era Cristo, tuvo que buscar refugio en Egipto. «Bienaventurados los que lloran» (v. 5), como María, que estuvo buscando con tristeza a su Hijo divino, a quien había perdido (Lucas 2,48). «Bienaventurados los misericordiosos», los que tratan de ayudar a una familia necesitada, como hizo María en Caná, solicitando incluso un milagro. «Bienaventurados los pobres y humildes de corazón», porque Dios pone sus ojos en «la humildad de su esclava» (Lucas 1,48: Magnificat), como los puso en María. «Bienaventurados los mansos», los cuales, como María cuando no pudo encontrar cobijo en Belén, al tiempo del nacimiento de Cristo, no se rebelan, porque «ellos poseerán en herencia la tierra» (es decir, lo poseerán todo) (v. 4). «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia» los que aguardan pacientemente (como María) el cumplimiento de las esperanzas de Israel, «porque serán saciados» (v. 6). Esta lista de bendiciones es, realmente, una amplificación detallada de un antiguo salmo: «Yahvé exaltará a los **anawim** y los salvará» (Salmo 149,4). María se convirtió en la Madre de la Justicia: de esa Justicia que Israel había esperado durante mucho tiempo.

Muchas personas se acordarán aquí de la «infancia espiritual» de Santa Teresita: «Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios» (Marcos 10,14). Con su **anawah**, con su pobreza y humildad, María se consideraba a sí misma como la última de todos los seres humanos. Y, por esta razón, ella es la mayor en el Reino de los Cielos: «Quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos» (Mateo 18,4). Notemos, además, que el Espíritu Santo, que cubrió con su sombra toda la vida de María, es llamado en el «Veni Creator» el **Pater pauperum**, el Padre de los humildes.

Este esbozo de la actitud religiosa de María es la mejor manera de acercarnos al misterio de su vida y al dogma de su especial realidad religiosa.

En el mensaje dijo el ángel: «El Señor está contigo». El sacerdote, al volverse hacia nosotros durante la misa, nos dice: **Dominus vobiscum** («El Señor esté con vosotros»). El sacerdote ora para que así sea, ya que siempre hay algún rincón de nuestro corazón donde todavía no hemos recibido a Dios. En muchos aspectos importantes de nuestras vidas, seguimos estando «sin Dios». Nuestros corazones siguen estando, en parte, irredentos. Y no somos cristianos cabales ni en nuestro interior ni en nuestro exterior. Pero a María se le dijo: «El Señor **está** contigo». Y no hubo un solo aspecto de su corazón humano, no hubo una sola parte de su cuerpo, que fuera extraña al Dios vivo. María pertenecía por entero a Dios: «¡He aquí la esclava del Señor!»

Dios estaba con María. Tal fue su gracia. Pero la gracia va acompañada siempre de un encargo. En el caso de María, la gracia exquisita «el Señor está contigo» vino acompañada del sublime encargo de estar con el Señor. Y María cumplió sublimemente este encargo. Cuando concibió a Cristo, no se trataba simplemente de que a ella hubiese venido el Dios vivo, el Señor, sino que también ella fue hacia él, hacia el «Cristo», por quien había esperado durante mucho tiempo: su concepción fue una elevación hacia el Mesías. Así que, en María, la encarnación adoptó la forma de un encuentro vivo entre el Dios Redentor y la humanidad que aguardaba al Mesías. Cristo vino también hacia aquellos que compartían la fe de María, pero «los suyos no le recibieron» (Juan 1,11), porque en sus corazones no habían estado esperándolo. María era, toda ella, expectación y anhelo del Dios que iba a venir. Y por eso María lo recibió, cuando Dios vino efectivamente. El anhelo de María anticipó la realidad de este encuentro de amor en su corazón y en su seno, porque Dios estaba ya con ella desde el primerísimo momento de su existencia. La relación de María con Dios era tan íntima, que Dios en su cercanía de ella fue capaz y estuvo dispuesto a hacerse hombre, a hacerse carne, carne de su carne. Fue puro amor-en-la-fe el que produjo la maternidad de María. Dios le dio su amor. Y ella, dándole en retorno amor por su amor, se convirtió en la Madre del Dios-hombre Cristo, con amor y fe. Desde ese momento, María llegó a tener tal intimidad con Cristo, que las acciones de éste se convirtieron en las acciones de ella, aunque los caminos del uno y del otro eran diferentes.